

El boleto de Lotería

José Alonso Garza Gutiérrez¹*

ESCUELA PRIMARIA JOSÉ MARÍA MORELOS/UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL, UNIDAD 321

alonsogarza123@gmail.com

Caminaba por las calles del pueblo. Hacía demasiado calor, y cómo no, si eran los meses de abril y mayo. Las señoras, por la tarde, se sentaban afuera de sus casas dizque a tomar el fresco. Se colocaban la mano sobre los ojos, una que otra vez, para poder ver a lo lejos y poder parlotear. El calor, las calles llenas de tierra, las casas que, con un leve viento, podrían caerse, daban un panorama muy desolado del pueblo.

Rafael ya no encontraba la manera de salir de allí. Había trabajado un par de meses en un pueblo más grande con la intención de brincar de pueblo grande a pueblo grande hasta llegar a la ciudad, pero resultó que el trabajo no era tan constante ni bien pagado, por lo que el hambre lo hizo regresar cuando menos lo pensó.

Hace algunos años, cuando aún había escuela —la cual el sistema educativo quitó por falta de alumnos y un gran ausentismo—, el profesor de aquellos años le regaló a Rafael un pequeño libro ya demasiado viejo, con las hojas amarillentas como las dentaduras de las personas que viven más del siglo, y con las pastas todas acabadas. Cuando no tenía nada que hacer, se sentaba afuera de su casa junto con su madre a tomar el fresco y leía una historia que ya había leído cientos de veces.

Un día mientras caminaba por el pueblo, a lo lejos vio un pequeño puesto ambulante. Al principio creyó que solo era un espejismo. La última vez que hubo un vendedor por ahí dejó a todo mundo en bancarrota: vendía piedras de la riqueza pintadas con aerosol dorado. Conforme se acercaba más, resultó que el espejismo era un vendedor de boletos de lotería. El puesto estaba tan sucio y desalineado que parecía de un comerciante aferrado a mantener su negocio cuando ya no daba para más.

Rafael tenía pensado solo pasar de largo junto a aquel viejo vendedor, de barba larga y muy flacucho, cuando le llamó ofreciéndole un boleto de lotería.

—¡Muchacho! Es tu día de suerte ya nada más me queda un boleto y puede ser el ganador— dijo el viejo con voz rasposa

Por cortesía, Rafael habló con él.

¹ *Doctor en Desarrollo Educativo con Énfasis en Formación de Profesores. Docente de Educación Primaria por la Escuela Normal “Manuel Ávila Camacho”, se ha desempeñado como formador en la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” y como tutor de docentes noveles. Actualmente forma parte de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 321.

—Ya nada más traigo el dinero para comprar unos panes— Se sacó el dinero del bolsillo y se lo mostró.

El viejo vendedor hizo una señal de disgusto y le dijo que el dinero que traía era exactamente lo que costaba el boleto. No dijo más y se dispuso a seguir caminando con su pequeño casino frente a él. Fue entonces cuando Rafael, sin pensarlo, lo alcanzó y le dio el dinero.

Cuando regresaba a casa no podía quitarle la vista de encima a aquel boleto viejo que parecía tener más de diez años en venta, expuesto al sol, al viento, a la tierra y a los toqueteos de la gente. Al llegar y cuando su madre le preguntó por el pan, no supo que decir, solo que había tirado el dinero. Él sabía que su madre nunca le perdonaría que se gastara lo poco que había en cosas que no tienen utilidad ni servicio. El regaño no fue muy grande —ya estaba acostumbrado a ellos—, pero el castigo, en cierto modo, lo fue: su madre lo obligó a buscar el dinero hasta que dejara de verse. Además de caminar por el mismo lugar cientos de veces, tuvo que hacerlo con hambre.

Pasaron algunos meses. Rafael estaba sentado sinquehacer bajo el mezquite del patio cuando su madre lo llamó diciendo que lo buscaban. Al salir, era un hombre joven y bien vestido, que lo felicitó por ser el ganador de una cantidad considerable de dinero. Al principio Rafael no sabía nada ni alcanzaba a entenderlo, cuando vino a su memoria la compra del boleto a ese viejo vendedor.

Los acontecimientos posteriores son demasiado obvios: la gente del pueblo los envidiaba, y ellos seguían viviendo de la misma manera en que lo habían hecho. Hasta que una noche, mientras Rafael dormía y llovía con gran fuerza, tuvo que levantarse. Al bajar de su cama, se mojó los pies con agua llena de tierra. La sensación que le provocó nunca la había tenido antes, se sintió impotente, con las manos atadas por ya poder hacer y deshacer a su antojo y salir del pueblo para siempre y jamás volver.

A partir de ese momento se dio cuenta de que era demasiado rico para vivir en esas condiciones, que debería estar viviendo en otro lado, como esos lugares de los que hablaba su viejo libro. Entonces, en la mañana, le dijo a su madre que comenzaría a buscar un lugar para que vivieran ambos. A lo que su madre se negó rotundamente, le dijo que ese lugar no existía, y si existía, no era para ellos. Que el dinero había llegado por una razón, y que esa razón aún no se revelaba.